

En un tiempo en que la Sociedad, agrietada por todas partes, cruje; en que el universo, envenenado por gérmenes de sedición, está inquieto, esperando el resultado de lo que se prepara; cuando oímos claramente retumbar, por detrás de las tinieblas del horizonte, prolongados toques fúnebres, parece como que la abrazada gruta de Lourdes ha sido colocada por la Virgen como una inmensa hoguera en el monte para servir de guía á los pescadores perdidos en medio de la obscuridad que invade al mundo.

Y mientras vuelvo pies atrás, camino de la ciudad, muy á lo lejos, en vez del toque fúnebre que doblan las campanas del porvenir, escucho, cual dulce protesta contra el indecible pánico de los tiempos que se preparan, la hora, tocada por las campanas de la basílica, por encima de la gruta, sobre cuatro notas tomadas de la caricia cantada de la antigua prosa del « Inviolata » : o Benigna, o Regina, o Maria.

X

El abrigo más seguro, mientras se agitan en Lourdes caravanas y más caravanas, es la capilla de las carmelitas, sita frente á frente de la gruta, separada de ésta por el Gave, en lo alto de la carretera de Pau; la ignoran los peregrinos cuya vida transcurre abajo, en la ciudad misma y sobre la explanada. Aquí, nadie se cuida de Santa Teresa, ni, por cierto, de otra Santa cualquiera: sólo la Virgen existe; en los cánticos y en los cantos, sólo á Ella se nombra; todo el mundo reza el rosario durante la misa; son ignorados el santoral y los oficios del día: en ninguna parte se afirma la hiperdulía con tanta vehemencia como en Lourdes.

Sin embargo, en ciertos días es invadido el Carmelo; cuando se anuncia la llegada de centenares de sacerdotes, cuando ya no queda disponible un solo altar en ninguna iglesia, instálanse altares de madera en todas las capillas

de los monasterios de la ciudad, para los recién llegados. Los eclesiásticos de tal peregrinación son enviados á las Clarisas, los de tal otra á las Dominicas, etc. Entonces recibe el Carmelo, como los demás conventos, numerosos celebrantes. En estos casos se convierte la capilla en una galería á cuyos dos lados se arriman mesas sobre las cuales, curas, mirando la pared de la derecha unos, y la de la izquierda otros, efectúan, volviéndose la espalda, el acelerado servicio de las misas. Pero, después, todo vuelve á su estado normal; además, por la tarde, como, realmente, está bastante lejos de la gruta la capilla, pues la carencia de puente obliga á grandes rodeos para franquear el Gave, casi nadie hay en ella.

Este es el único sitio en que, de no recogerse y meditar en su propio domicilio, puede uno examinarse á fondo y recobrar su personalidad; y, no obstante, ¡qué poco íntimo es este santuario, tan plácido habitualmente! parece como el salón central de uno de esos casinos balnearios, tan frecuentes en esta región; es un conjunto de cristales chillones y de esculturas inartísticas, de esas que se fabrican por gruesas, y lo adorna un altar dorado que representa lo más fastuoso y caro que se hace en este género. La sala, que afecta pretensiones ojivales, es de color de yeso, de una claridad cruda, y las relucientes maderas de sus bancos y de su

suelo, implacablemente encerados, recargan aún esa impresión ácida de edificio nuevo, que se agarra á la garganta y ofende la vista, no bien empuja uno la puerta de entrada; puerta extraña: toda de cristal. Evoca, con los adornos de sus pinturas sobre fondo azul, el penoso recuerdo de esa cristalería especial fabricada adrede para ciertas cervecerías del barrio latino de París, de estilo Edad Media. En uno de aquellos establecimientos estaría mejor que aquí, la tal puerta.

La capilla está pegada á un enorme edificio levantado según indicaciones del cura Peyramale, que fué el primer edificador de Lourdes.

Preocupado por el único deseo de « hacer grande », para nada tuvo en cuenta dicho sacerdote la regla de Santa Teresa, que no admite sino un reducido número de religiosas en cada uno de sus monasterios, y provocó la erección de un cuartel colosal, en el que podrían manobrar á sus anchas algunos regimientos. Las santas mujeres que lo habitan están como perdidas en la inmensidad del monumento, que las arruina con el excesivo coste de su sostenimiento. Por fortuna no pueden ver, detrás de la reja de hierro pintado de negro que las separa del coro, esa orgullosa capilla tan poco en carácter con su orden, instituido para ejercitar la pobreza y hacer penitencia.

Y, no obstante, cerrando los ojos, los domin-

gos, en la misa mayor, mientras hacen oír las carmelitas sus quejumbrosos cantos, ya no ve uno todo este oropel, ni la inacabable fiesta populachera que al pronto resulta Lourdes, ni siquiera ve uno á la Madona triunfante : á nuestra mente acude el recuerdo de otra Virgen que se apareció, doce años antes, en otra montaña, en la cordillera rival de los Pirineos, para llorar y predicar la penitencia, y entonces recordamos que, también en Lourdes, la Inmaculada Concepción repitió tres veces á Bernadette la palabra : penitencia.

Parece, no obstante, como que semejantes palabras están fuera de lugar, dichas en este sitio. Ni los modales de los peregrinos, ni el aspecto de las iglesias, ni los cánticos de la muchedumbre, ni siquiera los textos de la liturgia, que sólo alegre es aquí, suscitan la idea de la contrición y del arrepentimiento.

El lugar, sobre todo, se opone resueltamente á la tristeza; este paisaje es un paisaje de ópera cómica, con sus montañas de fácil acceso, con sus cavernas para juegos de chiquillos, y sus picachos bonachonotes; no, nada tiene que ver esto con la grandiosa y estéril naturaleza de La Salette; aquí no está uno encima de abismos, en un sitio sin árboles, sin pájaros, sin flores, sobre un pedazo de terreno apenas mayor que una plaza, y después del cual sólo hay precipicios; allá, en La Salette,

está uno solo, entre nubes, con la Virgen; no hay distracciones, ni diarios, ni cafés, ni panoramas, ni excursiones en automóvil; no hay, en fin, ferrocarril funicular que suavemente nos suba hasta lo alto de los montes...

En La Salette vive uno replegado sobre sí mismo, en tanto que, en Lourdes, vive desplegado; la peregrinación de La Salette es una verdadera peregrinación de expiación. Parece ser que ya está muy abandonada; no me extraña: ¡responde tan poco á la necesidad de bullicio de las muchedumbres!

Mas no por eso dejará aquella Nuestra Señora de los Dolores, que tantas mercedes concedió y que ha curado á tantos enfermos, no por eso dejará de ocupar, en ciertas almas, un puesto de predilección, más que la nueva Virgen de Lourdes, joven, blanca y azul, sin Niño, sin cruz. La que se apareció en los Alpes era la antiquísima Virgen del Calvario, la Madre cuyo corazón fué asaeteado...

Y hela que vuelve, á Lourdes mismo, traída por Santa Teresa, evocada por la tristeza misma de estos cantos que tan singularmente contrastan con los alegres gorgoritos que se oyen fuera.

La Virgen de La Salette produce un efecto muy singular: pensar sólo en Ella es un goce para el alma; mas, tan pronto como pensamos en nosotros, nos sentimos atormentados.

Estaba uno impresionado por la decoración exterior, por los padecimientos de unos, por cierta condescendencia para con la grosería de otros. Estaba uno ausente de su propia alma, que, mejor ó peor, se satisfacía también, en medio de la mezcolanza de impresiones venidas de fuera, con las prácticas externas de las oraciones vocales; ya no pensaba uno en visitar sus moradas más íntimas, su más recóndito «yo», y he ahí que el Carmelo nos saca de un entorpecimiento que, después de todo, era deleitable, puesto que impedía que nos atormentaran ciertos recuerdos...

Pero ese amargo reproche de flaquezas ya olvidadas se desvanece no bien salimos del Carmelo, por apoderarse de nuevo de nosotros la permanente atmósfera de los millares de seres que aportan su alegría. A la puerta misma del claustro, esta mañana, las carmelitas porteras manifiestan su entusiasmo por la formidable procesión que se organiza para esta noche: todo un cuerpo de ejército, 30.000 hombres, peregrinarán, con un cirio en la mano, desde la gruta al Rosario, pasando por los caminos en forma de M tendido que rastrean por el cerro, detrás de la basílica, y, después de haber bajado y subido de nuevo las rampas, recorrerán la explanada para, por fin, fundirse en un solo grupo, en el circo inmenso del Rosario.

Mientras llega la hora de tan suntuosa fiesta,

asisto también hoy á la procesión de las cuatro; sólo que, en vez de seguir al Santísimo ó de mirar la ceremonia por un ventanal de la iglesia, me confundo con la muchedumbre. Hay en ella muchos peregrinos fervientes, pero, también, muchos curiosos venidos de estaciones balnearias de los alrededores, y que se pasean alrededor del círculo formado por los enfermos, como en torno de una orquesta militar, en el jardín de las Tullerías. ¡No, no son éstos los que nos han de traer un refuerzo de oraciones que merezcan nuevas mercedes!

Verdad es que el espectáculo á que van á asistir no es muy á propósito para inspirarles respeto hacia una religión que ignoran.

Casi á la cabeza de la comitiva, después de la cruz, los ceroferrarios y los suizos azules (ya se han marchado con la peregrinación que los había traído los suizos bermellón con penachos de carroza fúnebre), una charanga, llegada ayer, se adelanta, compuesta de eclesiásticos y de laicos, entre los cuales domina un enorme elérigo que sopla furiosamente en un figle.

¡Tocan aires populacheros!

¡Y una vez entrados en el sitio destinado á los enfermos graves, una indecente disputa estalla con los recién llegados, mientras de todas partes se les suplica que se callen para que pueda el sacerdote implorador lanzar las invocaciones!

Como de costumbre, el Santísimo Sacramento

recorre la fila de los cochecillos. Delante de mí hay marejada de cabezas; muchas personas se alzan sobre la punta de los pies para ver; niños están á caballo sobre los hombros de sus padres, señoras se han subido sobre bancos y sobre sillas; las escaleras de los fotógrafos se llenan de gente. Diríase una muchedumbre en espera del buey gordo (1). — En ciertos sitios, sin embargo, algunos sacerdotes leen tranquilamente su breviario. De repente se agita la gente. Muchos gritan: ¡un milagro! ¡una mujer se levanta! ¡Magnificat! Veo á camilleros que se precipitan... Lo más prudente es acudir cuanto antes á la clínica, antes de que llegue á ella la ola humana, á fin de presenciar la llegada de la mujer.

En el momento de llegar yo, el Dr. Boissarie habla con una joven sentada en una butaca, delante de él.

Cuenta que, paralizada de la mano y del brazo derechos, no había sido curada en la piscina y durante la procesión, desde hace ocho días que está en Lourdes, pero que lo ha sido de repente, esta mañana, en el monte del Calvario, adonde fué para recorrer, antes de marcharse, un último vía crucis.

La curación se había verificado cuando ya ella no la esperaba, justo en momento en que, al ir á

(1) Fiesta que suele efectuarse en París, en Martes de Carnaval. (N. del T.)

retirarse, pronunciaba ella, santiguándose, la palabra Amén.

Y la joven mueve el brazo en todos sentidos y se ríe, mirando con cariño una mala sortija que se entretiene ella en hacer subir y bajar por su dedo.

— Pero, le dice el doctor que se sonrío, esa sortija, usted no la tenía cuando sus dedos estaban doblados dentro de su mano...

— ¡Oh no! ¡Sólo que, cuando me vi curada, tan contenta me puse que corrí á comprar una!

Y como si temiera que la acusaran de coquetería, añade, un tanto colorada: ¡La he dado á bendecir!

Todo el mundo se ríe, y á mí se me ocurre pensar que esa jovencita no carece de cierta doblez, pues, al cabo y al fin, ha encontrado medio de tranquilizar su conciencia y de ponerse en guardia contra la Virgen, transformando un objeto de vanidad en un objeto de devoción. ¡Sólo á una mujer se le ocurre semejante cosa!

La puerta se abre como empujada por un huracán, se oye una tempestad de voces; en un segundo es invadida la oficina. En el suelo es rápidamente descansada una camilla, y á seguida acuden los camilleros á rechazar á la muchedumbre; hasta es menester ayudarles, para conseguir cerrar la puerta.

Cada vez más parece este despacho un camarote de navío azotado por las olas; en efecto, se

oye, fuera, como el ruido del mar, en la explanada, en donde se agita el gentío que espera la salida de la miraculada.

— Vamos á ver, ¿qué hay? dice el doctor, mirando á una mujer á la que los camilleros ayudan á levantarse de la camilla.

Cuantos han penetrado en la oficina hablan al mismo tiempo.

— ¡Un poco de silencio, señores! exclama el doctor; dejen que se explique esta señora.

Pero ésta, nada explica; está atontada, y se limita á repetir: ¡Estoy curada, estoy curada!

— ¿De qué peregrinación es usted? ¿tiene usted certificado facultativo?

La mujer, nada sabe; no obstante, acaban por comprender que el certificado se ha quedado en el hospital.

Por fin, un cura que la reconoce declara que aquella mujer es una epiléptica cuyas parálisis son intermitentes.

— Está bien, concluye el Dr. Boissarie; ya examinaremos este caso, más tarde.

Y se encoge de hombros.

— ¡Pobre cosecha! le digo, al despedirme de él.

Se sonríe, y me contesta: Supongo que quedará usted convencido de que, al revés de lo que dicen los periódicos, no se fabrican aquí milagros por encargo...

Al salir, la charanga, ya libre, trompatea en

la explanada; ¡hay que oír al del figle!...

Sólo un recurso me queda: meterme en casa y cerrar las ventanas, para ver de sustraerme á esta pesadísima y fea música.

A eso de las ocho de la noche, la calma se restablece. Supongo que mis músicos están comiendo y bebiendo. Me voy al Carmelo, y me siento al lado de algunos sacerdotes, sobre las gradas de la capilla. Desde allí domino, por encima del Gave, la basílica, la rampa, la explanada, el Rosario, vistos de perfil; es el mejor de los sitios para asistir á la fiesta del fuego que se prepara.

Mientras esperamos que comience el desfile, conversamos; se trata naturalmente de la llegada y salida de los peregrinos, de milagros. Me preguntan si he estado en la clínica y si he visto prodigios. Cuento la historia de la joven de la sortija, curada en el momento en que menos lo esperaba; y con motivo de esta inopinada curación, un eclesiástico cuya cara no percibo en la sombra y que, por ciertos detalles que ha poco daba á uno de sus vecinos me parece ser un Sacerdote del Santo Rostro, de Tours, exclama:

— ¡El milagro! El Sr. Dupont contestaba á un curioso que le manifestaba su extrañeza por las curaciones que conseguía por medio del aceite de la lámpara encendida ante el Santo Rostro: Señor mío, no le es más difícil á un cristiano

conseguir un milagro, que á un cocinero guisar un plato cualquiera. Basta con pedir...

Sólo que, él, pedía de una manera especial. No le decía á Dios : quisiera ; le decía : quiero. Una vez reprendió á una joven que padecía de un pie y que se dirigía al Señor en estos términos : Señor, si tal es vuestra voluntad, y si lo tenéis á bien, os suplico que me concedáis mi curación.

« No es así cómo hay que rezar, exclamó ; usted no tiene fe ; al Señor, hay que mandarle. » — Quizá, añadía el sacerdote, conviniera hacer aquí lo mismo cuando tarda el Cristo en manifestarse...

— Quizá, contestó otro sacerdote, pues cuando venía á Lourdes el Padre María Antonio, á veces empleaba este medio de impetración, y le daba buen resultado.

— Sí, pero es que aquel anciano capuchino era un santo cuya elocuencia, cuajada de gritos, desencadenaba las muchedumbres, las enloquecía ; con lo cual disponía, sabiéndola manejar, de una asombrosa fuerza de oraciones...

Y mientras charlan, evocando entre ellos recuerdos del Padre María Antonio, á lo lejos, delante de nosotros, se forma la procesión.

En este momento, en plena noche, la gruta, abierta bajo la basílica, llamea como una hoguera ; de allí parte el incendio propagado por los cirios de peregrinos á quienes no se ven ;

parece como que chispas, brotando del fondo de un horno abierto, y llevadas por el viento, revolotean en los senderos del cerro, los cuales, lentamente, se abrasan ; van ganando terreno las llamecitas azules, ya brillan entre los árboles detrás del ábside de la basílica, y, poco á poco, girando, llegan al atrio, antes de bajar por la rampa de la derecha, en medio de una indescriptible cacofonía de *Laudate Mariam*, de « ¡ En el cielo, en el cielo ! » unidos á cánticos en lenguas extranjeras, aplastados todos, sin embargo, por la pesada masa de los Ave.

Y he aquí la basílica iluminándose de arriba abajo, recortándose en líneas tricolores en la sombra, y parece más endeble, más esmirriada aún, sobre el fondo de aquellas montañas que las tinieblas, desgarradas por enormes brotes de luz, agrandan aún. La estufilla redonda, con tapa, el miserable colocado á sus pies, el techo del Rosario, arde con la hojalatería de su cúpula y sus redondas ventanas rojas. Ahora, las dos rampas están en plena combustión ; sube la gente por una y baja por la otra ; parece aquello una rueda de fuego, tendida de costado, medio levantada del suelo, que gira, chisporroteando, lanzando, en su movimiento giratorio, haces de chispas. Los cirios que suben se apresuran, parecen ir, arrojando gritos de victoria, al asalto de la basílica ; y, de repente, en la estela centelleante, se abren grandes huecos ; el viento

ha apagado muchos cirios; vuelan moscas de fuego para encenderlos de nuevo, y desaparecen los huecos negros, tapados por paquetes de llamas.

Y todo ello gira, gira, sin parar, en medio de un estruendo de Ave, sostenido por los cobres de la charanga; á lo lejos, la explanada, que desborda, hace pensar en un llano cuya cosecha se abrasa, en campos de espigas ardiendo; y los tallos de esa cosecha que se quema proyectan un incendio de teatro sobre los árboles de los alrededores cuyo verde blanquea y se descolora.

Frente á la gruta, á lo largo del Gave, minúsculas comitivas siguen organizándose, semejantes á enjambres de luciérnagas que ondu lan en el suelo, y que de repente se transforman, dejando sus crisálidas nocturnas, á medida que suben revoloteando, por los senderos de la colina, en mariposas de oro. También cantan esos cirios, pero sus débiles voces, que apenas se oyen, acaban por perderse en la enormidad del conjunto que atruena la sombra de los montes.

¡Ah qué extraña visión y qué delirante espectáculo el de esas olas humanas acudidas de todas las naciones del universo á este insignificante rincón, para implorar á la Virgen! Á pocos pasos de aquí, soledad, campo silencioso, campo sumido en la obscuridad; y todas esas gentes que asisten á esta velada, tan lejos de

sus respectivos países, todas dicen lo mismo, aunque en distintos idiomas, todas piensan lo mismo; todos tienen la persuasión de que enfermos incurables, desahuciados de los médicos, pueden, si lo tiene á bien la Virgen, quedar curados en el espacio de un segundo; todos saben que conversiones imposibles, que asuntos comprometidísimos, pueden efectuarse y solucionarse en un abrir y cerrar de ojos; y en ese innumerable gentío que ninguna policía dirige ó molesta, jamás un desorden, jamás una disputa; la efervescencia misma causada por los milagros, cae por sí sola. Hay, en esta Ciudad de Nuestra Señora, un regreso á las peregrinaciones de los primeros tiempos del Cristianismo, una expansión de ternura que durará mientras haya fe robusta en este puerto de salvación de la Virgen. Parece esto como un pueblo compuesto de varios fragmentos, y, no obstante, unido como jamás lo fué pueblo alguno; mañana se disgregará, al marcharse cada uno por su lado, pero de nuevo se reconstituirá por la llegada de nuevos elementos traídos por nuevos trenes, y nada habrá cambiado: se verá aquí igual devoción, y semejantes serán la fe y la paciencia de los nuevos peregrinos. En suma, Lourdes resulta un principado que realiza, con creces, las más audaces quimeras de los filántropos; aquí ha lugar la momentánea fusión de las castas; la señora de gran mundo cura y lim-

pia, de arriba abajo y en todos sus rincones, á la obrera y á la campesina; el aristócrata y el adinerado burgués se hacen bestias de carga y de tiro de artesanos y de patanes, y, no contentos con esto, también se convierten en mozos de casa de baños, para servirlos.

El pobre es alojado, alimentado, bañado, mimado, por el amor de Dios; puede tomar de la fuente cuanta agua quiera; puede sentarse en todas las iglesias, delante de la gruta, donde le dé la gana, sin tener que dar por ello un solo céntimo.

En Lourdes se realiza, todos los años, por espacio de algunos meses, el ensueño de una sociedad decente; y esa belleza moral es producida por la virtud que San Pablo declaraba superior á todas: la caridad; y melancólicamente pienso que, de ser seguidos los preceptos del Cristo, la vida podría ser clemente para todos. Pero, aquí es donde comienza la utopía: nadie hace caso de un vecino que, por cierto, en general, sólo piensa en explotar á su prójimo; y, por otra parte, sólo un fin persiguen los incrédulos: perseguir á los católicos, los cuales sienten no disponer del poder para, á su vez, perseguir á los impíos, olvidando que su religión les permite tener mártires, pero que les prohíbe hacerlos.

Mientras estas reflexiones embargan mi mente, la rueda de fuego sigue girando; pero ya va soltando menos chispas, y, á medida que se en-

fría y se apaga, una hoguera se enciende por debajo de ella, en la cuba formada ante el Rosario por el círculo de las rampas. Ahí han caído todas las luces de los cirios; y al quedar las rampas en la obscuridad, en completas tinieblas, al parar definitivamente la rueda, una inmensa llamarada brota de la cuba.

Entonces, un espectáculo espléndido, inolvidable, surge.

Ha callado el vocerío disparate, y de la incandescente cuba se alza el Credo cantado en canto llano. Se desarrolla, sostenido por millares de voces, sube, en medio de las llamas, con augusta lentitud, entre las tinieblas del firmamento.

Es la profesión de fe de la tierra por fin salida de la confusión de lenguas, para expresarse en el idioma litúrgico; es la concentración de las oraciones individuales del día, reunidas en el haz de la súplica común; es la ofrenda al Señor — ante el cual la Virgen, exaltada hasta este momento, se retrae — del perfume vocal del símbolo de sus Apóstoles, el incienso cantado de su Iglesia misma!

Y, arriba arriba, en el cielo, mientras se ciernen los solemnes acentos del Credo, un nuevo astro se alza, en la cúspide de la montaña del alto Gers, invisible en la sombra, un astro que tiene la forma de una cruz y que sobresale en el centelleo de las demás estrellas, la cruz, encen-

didada por brotes eléctricos, en la desaparecida cima del monte!

Y se acabó, la cuba incandescente humea y se apaga; la cosecha de fuego de la explanada ha sido segada; la procesión se disloca, los cirios se mueren. Solo, el vasto hoyo de la gruta sigue llameando. Todavía, á trechos, cual de un collar cuyo hilo se rompe, perlas de luz saltan, ruedan, aisladas, y se alejan unas de otras, por los caminos. Algunas torcidas incompletamente apagadas esparcen una tenue claridad rojiza á lo largo del Gave; algunos fuegos fatuos revolotean aún cerca del Rosario, pero no tardan también ellos en desaparecer en las tinieblas.

Esta vez, todo queda bien terminado. — No sé... pero, á mí me parece que esta espléndida manifestación es independiente de nosotros, que para nada hemos contribuido á ella, que esta visión no es sino una alegoría, una figura...; me parece que la realidad, oculta bajo apariencias humanas, significa otra cosa...

Me imagino yo que, después de haber humildemente trabajado, durante el día, en los cuartos de baño, en curar cuerpos y salvar vidas, la Virgen trabaja ahora, durante la noche, en curar almas y salvar muertos.

¡Ella es quien ha hecho girar la rueda de fuego é hilado el lino candente de las oraciones, con objeto de tejer las túnicas gloriosas de las

almas que sólo esperan su ropaje de Paraíso para salir del Purgatorio!

Si fuera á acostarme... el viento de las montañas que comienza á soplar tan pronto como cae el crepúsculo, después de una tarde tórrida, me hiela; resultan penosos estos cambios de temperatura, que casi á diario se renuevan. Además, estoy cansadísimo por tanto ir y venir, siempre subiendo y bajando. Me voy á mi casa; pero cuántos van á quedarse velando, sin siquiera sentarse, pues, en Lourdes, no hay noche ni día; la ciudad, abrasada de fiebre, no duerme; la explanada, las rampas, el paseo del Gave, quedan alumbrados, con luz eléctrica, hasta el amanecer; las fondas no apagan sus luces; la gruta, detrás de sus verjas, que van á cerrarse, va á consumir la hoguera, cada día mayor, de sus cirios.

Muchos peregrinos, sentados sobre bancos, rezarán su rosario delante de la estatua, cuya claridad resaltará en el reflejo de los cirios, y de allí no se moverán hasta que vuelva la aurora; otros, para combatir el frío, andarán, cantando el « Ave María »; otros irán á tenderse en la siempre abierta iglesia del Rosario, y se adormilarán, extenuados, escuchando vagamente, como en sueños, los toques argentinos de las campanillas de los monaguillos y demás ayudantes de

misas; otros, por fin, irán á cobijarse en el refugio en donde, mezclados, se hacinan peregrinos muertos de cansancio; pero, á esta hora, ya están ocupados todos los sitios. Muy penoso fué el efecto que me hizo, una mañana, el despertar de estos hospitalizados; y no menos profunda impresión me causa ahora su sueño. Se oyen ronquidos de individuos empachados por salazones pesadas y por vinazo; suspiros, como si tuvieran pesadillas los que así se quejan; algunas mujeres sueñan. Chiquillos están acostados entre las piernas de sus madres, apoyando la cabeza sobre el vientre materno, como sobre una almohada; y dejan oír, esas criaturas, quejidos ahogados cuando, cansada de estar sobre la espalda, se vuelve la madre y vuelca á su hijo. Ese refugio es una especie de depósito de cadáveres; quedan éstos vestidos, pero sus pies, sin calzado, humean.

Oyense gruñidos de individuos á quienes despierta la corriente helada de la puerta que se abre; esto es el reverso de la medalla del día: reaparece el animal en medio del sueño que lo abruma...

Pero este resguardo es indiferente á los verdaderos enamorados de la Virgen: éstos no se apartan de la gruta. Son, por lo general, poco amigos de la chillería del gentío, y aprovechan la calma de las escasas horas de silencio para estarse allí, tiritando, pero cerca de Ella, rezándole en paz.

Lourdes es una ciudad de noctámbulos que compensan, por el exceso de su piadoso cansancio, los excesos pecaminosos de los noctámbulos de otras ciudades. Hay que confesar que si se fija el Demonio en este lugar, como en los demás santuarios consagrados á la Virgen, buena guardia hacen los fieles, y que, á cambio de alguna que otra caída favorecida por la obscuridad, hay centenares de conversiones conseguidas por esas solitarias súplicas que suben hasta la Madona en esas horas nocturnas en que la muchedumbre no le reza. Unense esas súplicas á las de las Clarisas que, precisamente, comienzan aquí sus ejercicios piadosos en el momento en que todas las demás comunidades cesan los suyos.

¡Qué obra admirable, la de esta comunión de las almas que, sin conocerse, se aman y se ayudan mutuamente!

En el siniestro hospital en que los enfermos, mantenidos despiertos por el ruido que oyen, por los gritos y por los cantos, desesperan de poder calmar sus dolores con el sueño, acaso todas esas súplicas reunidas lleguen á convertirse en un calmante que adormezca sus tormentos durante la noche, en espera de que la Virgen, conmovida por tantos esfuerzos, consienta en efectuar, mañana, en el momento en que ya no lo esperen, su completa curación...